

LOS NUEVOS BONZOS

DL espantoso rito de los bonzos ardientes ilumina, con la luz de las atroces hogueras, el espectáculo del Vietnam con una nueva apariencia. A las piras de estas numancias, de estos saguntos individuales, han respondido otras de mayor envergadura: el incendio de la casa del gobernador, el del consulado americano de Hué donde, después del acto simbólico de salvar la bandera de los Estados Unidos, como muestra del respeto a un pueblo no culpable, se han destrozado las imágenes del presidente Johnson. Los budistas de 1963 arrieron como protesta contra el gobierno dictatorial de la familia Diem. Las inmolaciones tenían un fondo religioso: los Diem perseguían a los budistas. La diferencia es que ahora la protesta es enteramente anti-americana, y el régimen de Saigón contra el cual se ejerce directamente, está acusado de régimen-marioneta, como consecuencia de la sumisión del general Cao Ky al presidente Johnson. El antecedente directo de este malestar hay que buscarlo en la conferencia de Honolulu, en la que Ky aceptó con demasiada rapidez, con demasiada ligereza, las propuestas de Johnson. El cual no cesa, evidentemente, de inmiscuirse en los asuntos interiores del Vietnam del Sur: no ya en la lucha contra los guerrilleros del Frente de Liberación Nacional, sino en el propio gobierno de Saigón. Este hecho es, sin duda, inevitable. Pero ha provocado una guerra civil dentro de la guerra civil. Otro hecho diferencial es el de la intensidad de la ola de fuego. En 1963 hubo siete monjes budistas inmolados a lo largo de cinco meses; ahora, en los tres primeros días han arido cinco bonzos, entre ellos dos muchachas de 17 y 19 años; y el miércoles de la semana pasada los «scouts» de la juventud budista consiguieron evitar el incendio colectivo de veinte personas.

DL fenómeno es alucinante. ¿Cómo un ser humano puede elegir voluntariamente la forma más atroz de la muerte? Las explicaciones más líricas tienden a identificar el caso con la «misteriosa alma oriental», con los fakires insensibles al dolor; las más malévolas lanzan el argumento de que no son realmente voluntarios. La bella, tonta y cruel señora Nhu, aparte de una frase de mal gusto —«lo grave es que utilizan gasolina de importación y malgastan nuestras reservas»—, dio esta explicación: los monjes acudían al sacrificio engañados, drogados, obligados: «rodeados siempre de dos bonzos asombrosamente grandes y robustos que no se separaban de la víctima». Una comisión oficial americana de investigación llegó entonces a otros resultados que tendían igualmente a desvalorizar el sacrificio: de los ocho casos estudiados, uno —el de una muchacha de veinte años— no se llevó a cabo porque le falló la voluntad en el momento de iniciar su propia destrucción; cuatro pusieron fin a sus vidas «por razones varias, desde la enfermedad incurable al paro forzoso» y los otros tres «por gratitud y por colaborar en el éxito de los que se habían suicidado antes que

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

ellos». Testigos más objetivos niegan estas versiones. Malcolm Brown, corresponsal de Associated Press, que asistió a la inmolación de la primera víctima —Tích Quang Duc, el 11 de junio de 1963—, dijo: «Se puede concebir que estuviese drogado, pero me parece imposible». El francés Michel Perrin, que ha pasado un año con los monjes budistas, escribe: «Puedo certificar que las víctimas se habían ofrecido espontáneamente, que han sido libres a todos los respectos hasta el último momento: una de ellas, por lo menos, se volvió atrás poco antes del sacrificio». Este autor cree, sin embargo —como lo creen generalmente los médicos franceses de Saigón—, que los budistas van al sacrificio tras una preparación especial, de la cual no están excluidos los analgésicos, para evitar el dolor atroz de las quemaduras; más que por humanidad, para que no den los suicidas un espectáculo poco digno en el momento de morir. Estas teorías parecen descartadas con la ola de suicidios por el fuego de estos días. Hechos en contra de la jerarquía budista —que incluso ha repartido una circular entre los fieles pidiéndoles que se abstengan del sacrificio, y que ha ordenado a los «scouts» de la juventud budista que descubran a los suicidas y les impidan por la fuerza la consumación del sacrificio— se han producido como actos puramente individuales, espontáneos y repentinos, sin dar lugar a ninguna clase de preparación que no fuese una auto-preparación psicológica.

DA más ligera aproximación al budismo permite un principio de comprensión. El budismo, más filosofía que religión, entraña un desprecio de la vida material. Es una creencia hecha para países, para pueblos, en los que la vida diaria es un tormento —de hambre, de miseria, de enfermedades, de escasez— y propone un consuelo negativo: puesto que la vida es así, no merece la pena sujetarse a ella. Las «cuatro santas verdades» del budismo son éstas: toda vida está sometida al sufrimiento; el sufrimiento es un producto de las pasiones, del deseo y la voluntad de vivir; cuando uno se libera de esas pasiones y de ese deseo de vivir, el sufrimiento cesa; y para liberarse, es preciso seguir las «ocho sendas». Esas «ocho sendas» son: obrar bien, creer bien, hablar bien, pensar bien, tener buenos motivos, esforzarse bien, tener una vida ejemplar y saberse concentrar. Las «ocho sendas» conducen al «Nirvana». El Nirvana es una especie de aniquilación que termina no sólo con esta penosa vida, sino también con las posibles vidas futuras: es decir, el que consigue el Nirvana termina para sí el ciclo de las reencarnaciones. Su alma no transmigra a otro cuerpo inferior y, por lo tanto, no sufre más. Esta terrible doctrina de

quietismo, de inmovilidad, de aniquilación es, repito, una defensa contra la naturaleza hostil. Al mismo tiempo embotra todas las auténticas defensas naturales, que son precisamente las de la lucha contra la Naturaleza. El hambre de la India, las doctrinas de resistencia pasiva son, probablemente, fruto de esa filosofía enraizada en Asia, desde mucho antes del nacimiento de Gotama Buda. Buda fue precedido por el «Tao». El «Libro de Chuan-sé» —casi cuatrocientos años antes de J. C.— explica algo. «La pasividad, la calma —escribe—, la dulzura y la inacción caracterizan las cosas del universo en paz y representan el grado más alto del desarrollo del «Tao». El «Tao» es «de día en día, menos y menos; cada vez menos, hasta llegar a la inacción».

CIENTO sesenta millones de personas en nuestro mundo de hoy son budistas. Sólo en el Vietnam del Sur, los bonzos aseguran que les sigue el 85 por 100 de la población. El budismo del Vietnam no ofrece, sin embargo, una unidad. Muchos creen que el quietismo, el inmovilismo, es nefasto. Los estudiantes de Hué que quemaron el consulado de los Estados Unidos eran budistas; sin embargo, se apartaron del budismo para actuar con violencia y fuerza —la fuerza y la violencia no son budistas— si bien en la forma en que lo hicieron —asegurándose previamente de que no había ninguna persona en el interior de los edificios, respetando la bandera americana— son peculiares. También en el budismo hay un movimiento reformista; también hay unos «nuevos bonzos» inconformistas. Como es costumbre, se les acusa de comunistas. Ya fue acusado de ello el venerable Tri Quang —monje desde los 13 años, no ha abandonado jamás su país, y no habla inglés ni francés—, por lo cual fue detenido en 1948 —por los franceses— y nuevamente por el régimen de Diem. Hay brotes progresistas en todo el mundo budico. En Ceylán hay monasterios partidarios del totalitarismo socialista, el venerable Amritananda, de Camboya, hace frecuentes viajes a Pekín; en ciertos monasterios del Nepal hay retratos de Mao Sé Tung. En el Vietnam del Sur esta tendencia política es más notable. El Frente Nacional de Liberación tiene bonzos en sus filas; su vicepresidente es el venerable Son Vong. En China se respeta el budismo, pero se limita su expansión y se le priva de recursos. Los bonzos chinos están sometidos a todas las reglas civiles y tienen prohibido recibir limosnas. Algunos estudiosos del tema creen que budismo y comunismo pueden presentar puntos de fusión. «Los comunistas proclaman, en su propaganda, que el bienestar popular es su objetivo. Podían apelar a los sentimientos tradicionales para presentar su ideal social. El materialismo dialéctico del comunismo no deja de tener alguna semejanza con las formas de pensamiento chino que no tienen en cuenta la existencia de Dios o de una vida futura. Las actitudes chinas frente a la historia pueden ser consideradas en gran parte como naturalistas. El comunismo, en su fondo esencial, es naturalista. El taoísta que todo chino lleva en sí puede someterse a la organización y al gobierno comunistas, como lo requiere su actitud quietista» (Alban G. Wiggery, «Interpretations of history», Londres, 1961). Sin embargo, el venerable Tri Quang acaba de declarar: «No puede haber paz en el Vietnam hasta que se realice la victoria sobre los comunistas. El partido comunista no es un verdadero partido político, y no debe ser autorizado» («Times», 23 de abril).

DL hecho es que el budismo representa hoy la única fuerza coherente en el Vietnam del Sur —aparte de la del Ejército Nacional de Liberación—, que el sufrimiento del pueblo ve en él una esperanza, y que los americanos han perdido esa fuerza. Para los

Estados Unidos se presenta ahora una alternativa grave: o el pueblo sudvietnamita se une en torno a los budistas como única esperanza de paz —y los budistas repudian a los americanos—, o se produce una anarquía total en la que el Gobierno de Saigón, sea el que sea, carece de toda fuerza. Ya en los incidentes de estos días se ha visto cómo la Policía vietnamita y el Ejército —salvo en los sangrientos incidentes de Da Nang y de la zona central del país, donde Ky ha entrado a sangre y fuego— no quieren intervenir. Aparte de que en estas dos fuerzas hay numerosísimos budistas, ocurre que mantienen una posición de reserva. Ignoran cuál es el régimen que va a venir, no saben quiénes van a ser sus nuevos amos. Y no quieren perder el futuro. Han sucedido tantas cosas en estos últimos años en el Vietnam, han caído tantos jefes, han sido encarcelados y ejecutados tantos poderosos del día antes, y en cambio han subido al poder tantos perseguidos, que la Policía ha perdido el instinto de saber quién va a ganar. En los sucesos de Hué, los estudiantes llegaron en manifestación ante el consulado americano y ante la casa del Gobierno al mismo tiempo que se retiraba la Policía y el Ejército: una vez declarado el incendio, los bomberos se las arreglaron para tardar hora y media en llegar al lugar del suceso y, cuando llegaron, se limitaron a evitar que las llamas llegasen a los edificios vecinos.

Si los budistas tienen en este caso un objetivo temporal, éste puede ser el del acceso a un estado teocrático. El columnista Joseph Alsop —tan allegado al sector belicista y gubernamental de los Estados Unidos— acusa a Tri Quang de querer ser el Presidente del Vietnam del Sur, de preparar de esa forma su acceso al poder. Vietnam del Sur se convertiría en una especie de Tíbet. Y sería, o trataría de ser, neutralista. El neutralismo es la consigna de los budistas. Naturalmente, previa una evacuación de las tropas de los Estados Unidos. Es difícil saber si este hombre hermético y cerrado que es el monje Thich Tri Quang tiene aspiraciones de gobierno, tan distintas de las enseñanzas del budismo. Puede ocurrir que sí. Puede ocurrir que el Vietcong pactase con él y aceptase el neutralismo. No parece, en cambio, que el Presidente Johnson comparta este punto de vista. Johnson ha declarado ya en su discurso del «Memorial Days», en el cementerio de los héroes de Arlington —rodeado de tumbas: buen lugar para hablar de matanzas—, que estos incendios de bonzos son inútiles y que no hay desistimiento de la actitud americana. Pero corre el peligro de quedarse solo. Corre el peligro de que los generales de Saigón pacten con los budistas, de que toda sombra de Ejército sudvietnamita desaparezca y que se trate simplemente de una guerra de los Estados Unidos en el Vietnam. Todas las pretensiones de Johnson de que está ayudando al pueblo vietnamita a luchar contra la agresión desaparecerían. Ciertamente que no es necesario un pretexto para mantener la invasión norteamericana en el Vietnam, a no ser uno que responde a la más estricta realidad: que los Estados Unidos tratan de contener el comunismo en Asia y de cercar a China porque creen que en ello estriba su propio interés —lo cual combaten, sería y gravemente, muchos de sus intelectuales, muchos de sus senadores, muchas de sus instituciones— y que, sin ese pretexto, se vendría abajo la semántica de la guerra, el vocabulario de la guerra del Vietnam, que ha ido reemplazando en estos años a la moral. Muchas veces,

un apoyo semántico es más eficaz que un ejército bien armado.

La base principal, la creación de un Vietnam que sea al mismo tiempo libre y pro-americano, ha caído ya definitivamente en las hogueras de los bonzos, en las matanzas de Da Nang, en los incendios de Hué.

HAY esperanzas de paz? Ciertamente, no. La «paz americana» parece hoy imposible en el Vietnam. A pesar de un llamativo rumor expandido por el semanario norteamericano «Newsweek», según el cual el Vietnam del Norte había hecho algunos sondeos con vistas a negociaciones, no hay en estos momentos esta posibilidad. Por varias razones. No busca la paz quien está ganando la guerra. La rebelión de los budistas ha fortalecido, sin duda, la posición del Vietcong. La temporada de los monzones inclina la balanza bélica, como cada año, a favor de los guerrilleros. Hanoi está evacuando su población civil, presintiendo la iniciación de los bombardeos americanos (más de la mitad de los habitantes han salido ya). Ho Chi Minh ha viajado a Pekín, y este viaje se interpreta como un reforzamiento con los medios belicistas de China. Todas estas razones hacen pensar que, por el contrario, la guerra se va a endurecer.

«Un gran dirigente de gobierno —escribe el liberal Walter Lippman en el «Herald Tribune», de Nueva York— hubiera tomado la medida de los acontecimientos desde hace tiempo, desde 1964, y hubiera «desescalado» progresivamente nuestras fuerzas militares. Pero esto hubiese requerido una altura de pensamiento y un valor moral que se dan raras veces entre los dirigentes de hombres. Porque los dirigentes de hombres casi siempre se deciden por hacer algo peor en lugar de reconocer que han cometido un error». Puesto que esto ya no está hecho, ¿qué queda por hacer? Existen las «cuatro vías del Presidente Johnson», según las expuso en el avión presidencial a un grupo de congresistas democráticos de Illinois (según «Newsweek» del 30 de mayo). «La primera es continuar la escalada: podemos destruir completamente el Vietnam del Norte; podemos tener allí un millón de hombres en nada de tiempo. Pero ni el diez por ciento de nuestro país soportaría esta guerra, y tenemos que tener en cuenta la opinión del mundo. Solución descartada. Podemos meter el rabo entre las piernas y salir corriendo; pero esto despertaría el apetito del enemigo para una mayor agresión, por un mayor territorio, y no nos serviría de nada. Solución descartada. La tercera alternativa es la del enclave, que proponen algunos expertos, como George Kennan y el general Gavin: hacernos fuertes allí... durante el resto de nuestras vidas. Esto sería caro y no serviría de nada. La cuarta alternativa: presionar con reserva, hacer que la agresión sea tan cara para el enemigo que, pronto o tarde, aprenda que estamos dispuestos a mantenernos hasta que ese pueblo sea libre. Esto es costoso. Pero aquello por lo que estamos combatiendo es más importante aún». Esta es la cuarta vía elegida. Muchos suponen que es la peor. Muchos suponen que antes de que este desgaste se produzca en Asia, se producirá —ya se está produciendo— en los mismos Estados Unidos. Entre el sentido quietista de la historia de los asiáticos y el sentido activista de los Estados Unidos, contradicción que señalaba Ling Yu Tan en «La importancia de vivir» (1937), ¿quién puede romperse antes por dentro en este enfrentamiento?

E. H. T.

triumfo

COMENZARA A PUBLICAR EN SU PROXIMO NUMERO

UN SENSACIONAL REPORTAJE EN TRES ENTREGAS

VIETNAM

I

LA VIOLENCIA

II

EL DESCONOCIDO DE OCCIDENTE

III

LAS RETAGUARDIAS POLITICAS

Una visión objetiva y solvente del problema que representa hoy el máximo peligro para la paz del mundo

con una amplia documentación gráfica de excepcional valor

VIETNAM

a partir del próximo número en

triumfo

la revista española a la hora del mundo